

El Quijote de Tomóchic

Nada hay para quemarse en el desierto,
excepto por el cielo.
Por eso el amplio cielo de Chihuahua es un enorme incendio
sin humo ni cenizas. Es un quemarse largo sin crepitaciones
que no conoce márgenes ni ruido.

Nada hay en el incendio sino el incendio mismo.
El cielo de la sierra
de Chihuahua
es una espada blanca, insomne, interminable,
que cuelga vertical desde lo alto.
Si en tu juicio prendiera su fuego silencioso,
si su ruego incendiario despertara,
verías también alzarse a la santa de Cabora,
verías también surgir a sus rancheros,
apóstoles del Winchester en ristre,
cabalgando entre el fuego
celeste
de Tomóchic.

Hay que detener esto.

Tiene 18 abrilés Teresita
y ya es fuego en el cielo.
Nunca he estado en Cabora,
que está a siete jornadas de Tomóchic.
Nunca he estado en Cabora, pero dicen
que Teresita es llama que sana a los valdalos,
le da vista a los ciegos y razón a los necios. Dicen que
[Teresita

nunca ha estado en Tomóchic,
pero que lo conoce como a su bajo vientre:
puede ver en su ombligo la fuente pequeña
de la calle central
y el bosque de huizaches rizados que hay al sur,
ensortijándole la ruta al pubis.

Lo jura por la cruz, lo jura Cruz.
Cruz Chávez trae el fuego del cielo en la garganta.
Dice que Dios lo dice. Cruz lo dice.
Misma cosa la lengua, el corazón,
misma cosa la lengua
incendiada de nubes, de tierra arrebatada,

de Creel y de Terrazas en su infierno sin fuego:
lengua de lengua helada, lengua sin corazón.
El corazón de Cruz es en cambio el incendio
del cielo. Como incendio,
como incendio crepita sólo en su corazón.
Que lo repita el rifle que carga y que descarga,
que lo repita el rifle
de
repetición: Hay que detener esto.

Ay, santa de Cabora, Teresita,
dile a don Luis Terrazas
que en vez de tierra en su camino hay brazos.

Anda, Teresa Urrea, mi muchachita
convertida en fusil,
dile que aquí te espero, Enrique Creel.

Hay que detener esto: el incendio de rifles en el cielo.

Hay que borrar del mapa sediento de Chihuahua
el nombre de Tomóchic,
extinguir hasta el polvo su sermón de balazos,
su delirante prédica de rifles,
el nombre de su santa, el nombre de ese fuego de sus cielos,
el nombre de su voz, el nombre de ese fuego
de sus cielos.

Ocho años más y empieza el siglo veinte.
El incendiario cielo, la santa de Cabora
y, en su sexo Tomóchic,
parece incompatible
con la noción científica del orden.
Y sin embargo arriba, el cielo de Tomóchic
arde en el vientre joven de la santa,
arde garganta adentro de Cruz Chávez,
arde centuria rústica de rifles,
arde sólo en cien rifles erizados de gritos
que se figuran santos. Hay que detener esto.

Viene Cruz contra Cruz, con tropa buena,
trueno, galopa y Cruz,
galopa y trueno.

Viene el general Cruz con buena tropa,
Todo Felipe Cruz
trueno y galopa.

Hay que decirlo de una buena vez: el general que envían,
el cruel Felipe Cruz, el implacable
veterano de tantas y de tantas,
viene a bajar del cielo los fuegos de Tomóchic,
a preñar a las niñas y a colgar a los hombres,
y a colgar a las niñas preñadas por sus hombres,
viene a bajar del cielo hasta las chozas
el fuego de Tomóchic,
a tirar su edificio de piedras incendiadas.

Hay que decirlo de una buena vez: el general Felipe
ha sido amigo íntimo del Dios de los Ejércitos,
peleó junto con él la Guerra de Reforma,
y su esposa y su esposa son comadres:
La madre de sus hijos es madrina
nada menos
que del hijo de Dios.

Dicen que bebe un poco.

Dicen que ha consumido litros de fuego blanco,
que con su sola boca, litros de sol quemante
desde que con sus tropas dejó Ciudad Guerrero,
antes Villa Aguilar.

Ay, Teresita santa de Sonora,
ciégalo con tu luz
y enloquece al pelón Felipe Cruz.

Ay, santa Teresita de Cabora
conviértete en sotol
y haz que le ardan los sesos con el sol.

Y sí: Felipe Cruz, el general,
expuso la cabeza, ya llena de sotol,
al hachazo del día
Y entonces, para colmo,
salió también la luna: Entonces Teresita de Cabora
convertida en sotol se le metió al cerebro.
Entonces vino un fuego de leyenda,
molinos de maíz, ejército de sanchos.
Al tocar las afueras de Tomóchic,
mandó Felipe Cruz cargar contra una milpa

cortarle la cabeza a cien elotes,
cien apóstoles locos
disfrazados con granos amarillos,
con máscaras perfectas de mazorca
y olor tierno a cosecha,
que a él no lo engañaban.
Quijote federal y analfabeto,
no borracho de libros mas borracho,
andante caballero, Felipe Cruz, cruzado
creyó arrastrar por los cabellos todas
las dulcineas rancheras del Toboso Tomóchic
(y en su puño quedaron sólo pelos de elote).

Y sus soldados, nada, ¡disciplina!
Ejército de panzas. Mi general ordena
la carga de los sables,
y por mí, pues mejor. Si él dice que vencimos,
pues vencimos.
Esas son las batallas que me gustan: Victoria coronada
con esquites.

Al día siguiente en Palacio Nacional,
el Dios de los Ejércitos recibió un telegrama:
“LAS ARMAS NACIONALES SE HAN CUBIERTO DE GLORIA.
PUNTO
SOMETIMOS TOMÓCHIC SIN UNA SOLA BAJA.
PUNTO
NO HICIMOS PRISIONEROS”:

El Dios de los Ejércitos debió sentir adentro
un incendio de cielos igual al de Tomóchic,
un incendio de rabia sin márgenes ni ruido
cuando supo que el parte que enviaban de Chihuahua
no era más que un delirio de borracho.
¿Puede Dios Padre mandar a fusilar
incluso a su compadre? ¿Puede saciar su sed con degradarlo
con arrancarle estrellas y galones,
y enviarlo a un calabozo de San Juan de Ulúa
por el resto del siglo?

Ay, santa Teresita de Cabora,
protege al general
con un largo delirio de mezcal.

No dejes que le llegue ya su hora,
ni desoigas su ruego.
No le quites de adentro nuestro fuego. —